

Pedro de Padilla. Eds. José J. Labrador Herraiz & Ralph DiFranco. Estudios Antonio Rey Hazas & Mariano de la Campa. *Romancero en el qual se contienen algunos sucesos que en la jornada de Flandes los españoles hizieron. Con otras historias y poesías diferentes*. México: Frente de Afirmación Hispanista, 2010. 685 pp. ISBN 978-84-614-0069-0.

Reviewed by Ignacio Díez Fernández
Universidad Complutense



La fama, la fortuna y la posteridad son, como se sabe, un trío de caprichosas. Puede ser tema de debate (cuando se recuperen los debates) si la tradición consigue ese cribado que separa lo bueno de lo menos bueno simplemente con la ayuda del tiempo. ¿Es el canon el fruto de unas fuerzas ciegas –como las *inteligentes* fuerzas ciegas del mercado– que sólo dejan que permanezca lo que de verdad vale para construir esas trayectorias ejemplares que algunos confunden con la historia de la literatura? ¿El azar, el destino (o mucho más simplemente los “intereses”) se alían –como las malignas fuerzas secretas de las conjuras– para hacer desaparecer aquello que es inconveniente o que no merece la pena? Las dualidades, las fantasías y las creencias siguen arrasando apoyadas en una suerte de necesidad de creer algo o en algo, aunque lo cierto es que la llama del escepticismo mantiene su aura sagrada.

El caso de Pedro de Padilla puede ser muy revelador de la evolución del gusto, de la conformación de la historia literaria o del funcionamiento del mercado editorial en los Siglos de Oro. Quizá de las tres cosas a la vez. Amigo de Cervantes, poeta desatado, abraza los hábitos a los treinta y cinco años y, como carmelita calzado, orientará su genio creador hacia la poesía religiosa. Sus producción “laica” se concentra en tres gruesos tomos de poesía: el *Thesoro de varias poesías* (1580, reeditado en 1587 y quizá en 1589), las *Églogas pastoriles* (1582) y el *Romancero* (1583). Sin embargo la historia editorial de estos cancioneros ha tenido que esperar casi hasta que el mágico tándem de Labrador y DiFranco decidiera cambiar el rumbo del silencio y poner a disposición de los lectores (¿los lectores?) y de los estudiosos (¿los estudiosos?) las tres obras y algunas otras de Pedro de Padilla (el *Thesoro* en 2008, las *Églogas* y el *Romancero* en 2010). Se trata, en toda regla, de una resurrección milagrosa, con un papel exclusivo de la Fundación Frente de Afirmación Hispanista, que desde México ha hecho posible, contra los criterios comerciales de cualquier editorial, la publicación de los libros de Padilla en un formato que para sí quisieran esas editoriales comerciantes. Aunque el Frente de Afirmación Hispanista ya había publicado una antología de Padilla (*Décimas reales, coplas y octavas de Pedro de Padilla*, ed. Fredo Arias de la Canal, 2003) y otra versión del *Thesoro* (a cargo de Virgilio López Lemus, 2006), evidentemente ahora estamos ante un nuevo proyecto que podría llamarse “Todo Padilla” (o “Padilla for all”) si hiciera falta buscar un nombre. El proyecto también incluye la edición de dos manuscritos con textos de

Padilla (1579 y 1587 de la Biblioteca Real de Madrid, publicados respectivamente en 2007 y 2009: el segundo se imprimió antes en 1994, en Visor) y anticipa la noticia de que ya se están preparando otros dos volúmenes, con casi un centenar de inéditos del linarense (y versos de otros poetas) en el manuscrito 23/4/1 de la Biblioteca de Bartolomé March y el *Jardín espiritual* (1585), poemario exclusivamente religioso.

El que en alguna ocasión ha sido bautizado como el “Grupo de Cleveland” (con un núcleo muy duro formado por José J. Labrador Herraiz y Raphael DiFranco, y con colaboradores y prologuistas muy variados) lleva años regalándonos a los investigadores de la poesía de los Siglos de Oro sus magníficas ediciones de cancioneros manuscritos. Son más de dos décadas dedicadas a un labor paciente y muy útil, que no tiene que preocuparse de esos ahora codiciados “indicios de calidad” o “índices de impacto” para prestar un servicio impagable a la comunidad internacional de investigadores. Sin abandonar esa tarea, inacabable, de edición de preciados códices de bibliotecas españolas y no españolas (anuncian la edición del *Cancionero Fuentelsol*, es decir el manuscrito 973 de la Biblioteca Real de Madrid), han extendido sus actividades a la recuperación de impresos que no han tenido mucha fortuna filológica. En este nuevo contexto se insertan títulos como la *Justa poética que hizo al santísimo sacramento en la villa de Cifuentes el doctor Juan Gutiérrez, médico de Su Magestad*, publicada en Madrid, en 1621 y ahora en Castilla-La Mancha en 2007, en dos coquetos volúmenes que recuperan el texto en facsímil, junto a su transcripción y estudio. También es hijo de esta empresa el impresionante volumen de Xacinto de Evia, *Ramillete de varias flores poéticas*, de 1675 y ahora también de 2009. Y en esa línea se situará la esperadísima edición del *Cancionero* de Sebastián de Horozco (tan ansiado como la prometida edición de las obras de fray Melchor de la Serna, con todos los problemas que los manuscritos y la correosa figura del fraile deparan a cualquiera que se atreva a tocar semejante sujeto).

Proyectos y realidades, pues, no faltan. Por eso, la fusión de la enorme capacidad de trabajo de esa pareja de hecho que forman Labrador y DiFranco con la fabulosa productividad que ha demostrado el Frente de Afirmación Hispanista es, por un lado, la envidia de todos los que buscamos afanosamente financiación para nuestras investigaciones (más allá de los mil filtros y mil negativas de las instituciones oficiales españolas o, lo que es peor, de sus miserables limosnas convenientemente prorrateadas), y, por otro, la seguridad de un flujo permanente de ediciones y reediciones de amplio calado. Aunque la retórica de la reseña obliga a felicitarse por la publicación del libro reseñado al final de la pieza, creo muy justificada la ruptura de esa venerable tradición para felicitarnos ahora, como lectores, por tan magnas empresas y por tan acertadas colaboraciones.

El grupo de Cleveland ha decidido enriquecer sus ya de por sí ricos volúmenes con la participación de investigadores de fuste. Si desde siempre las ediciones de los cancioneros abrían con un prólogo de un erudito de renombre, ahora el grupo ha sustituido los prólogos por densas y extensas colaboraciones. En el *Romancero* de Padilla los dos estudios preliminares se han encomendado a dos finos concedores de

la literatura áurea y del romancero, los profesores Antonio Rey Hazas y Mariano de la Campa, ambos de la Universidad Autónoma de Madrid. La “Introducción al *Romancero* de Padilla” de Antonio Rey Hazas es, con sus casi cien páginas, un libro dentro del libro. La amenidad de Rey Hazas es tan proverbial como su rigor, por eso no sorprende verse atrapado por sus inteligentes análisis que sitúan a Padilla como un posible precedente o inspirador de Cervantes en varios aspectos. El texto de Rey Hazas traza un brillante recorrido que parte de una biografía reflejada en las citas de amigos y escritores, y pasa por un minucioso estudio de los dos libros anteriores al *Romancero* (que suman unos treinta mil versos a los que el *Romancero* añade otros quince mil), donde presta una particular atención al arte narrativo de Padilla en sus “romances-novela” (cuya variación métrica puede coincidir, en otro orden de cosas, con la de Lope en el teatro), a las relaciones del romancero morisco con la novelita de *El Abencerraje*, a la posible inspiración para Cervantes (por el interés en lo morisco, en Ariosto, y por el retrato de unas mujeres fuertes y activas), a la construcción de ambos textos, el *Thesoro* y las *Églogas pastoriles* (las *Églogas* concluyen con una crítica de la corte, aunque “lo importante es destacar el criterio estético, pues mientras toda la bucólica, que es lo positivo, va en verso, toda la explicación crítica de la corte, que es lo negativo, va en prosa. No hay duda alguna, por tanto, sobre el medio de expresión que prefería y estimaba nuestro poeta”, 56). Junto a los romances sobre Flandes como un tema original (y así lo señalan los preliminares del *Romancero* y el propio título completo del libro) y como auténtico *marketing*, Padilla incluye varios romances moriscos y ariostescos, entre otros, para componer un total de 64 romances. Es el romancero una veta que atraviesa toda la producción de Padilla, desde los textos del manuscrito 1579 y que continúa en los tres impresos, aunque ahora, en el *Romancero* desaparece el tema pastoril para dejar sitio a Flandes, lo morisco, Ariosto y algunos temas medievales. Sin lugar a dudas, Padilla “entendía el verso como un canal narrativo equiparable al de la prosa” (79).

Mariano de la Campa traza (en “Pedro de Padilla y el romancero”) la evolución histórica de los estudios sobre el romancero y sus grupos, para situar exactamente en ellos a Padilla: “De los 64 romances que Padilla incluye en su *Romancero* al menos 27 los dedica a sucesos del siglo XVI. A la altura de 1582, fecha de la aprobación del libro, tres sucesos históricos habían conmocionado el reinado de Felipe II y esos tres sucesos son tratados por Padilla: la guerra de Flandes, la sublevación morisca de las Alpujarras y la batalla de Lepanto. De todos tres dio cuenta Padilla en su *Romancero* y para ello utilizó el modelo del romancero noticioso muy cercano a las relaciones de sucesos” (111). Cuestiona de la Campa la vinculación de Padilla con el romancero nuevo, pues sus poemas enlazan más bien con el romancero “noticioso”, que se sirve de crónicas. Aunque no ha encontrado la fuente exacta, compara tres romances con textos cronísticos de manera muy convincente: de hecho considera a Padilla “un rimador de crónicas” (111).

Los editores abren su “Preámbulo” con la cita de unos versos de Padilla: “Adoro y beso el cuchillo / que me quiere dar la muerte”, de la glosa del poema 89. Son

indudablemente versos con fuerza y, aunque no se indica, están *tomados* de la Carta I de Diego Hurtado de Mendoza: “Adoro y beso el cuchillo / que me viene a dar la muerte”. Teniendo en cuenta que Mendoza murió en 1575 y que la fecha de publicación del *Romancero* es ocho años posterior, habría aquí un homenaje silencioso, de esos que se prodigan en los Siglos de Oro. Y es un homenaje muy revelador de lo que une y separa a los dos vates: omnipresentes en los manuscritos poéticos de los Siglos de Oro, Padilla prefiere publicar en vida sus gruesos volúmenes poéticos y Mendoza parece desentenderse de su obra. Los editores parten de una muy documentada aproximación bio-bibliográfica, antes de analizar las 181 composiciones en el orden en que se publican en el *Romancero*: los 64 romances (y sus subgrupos), los endecasílabos, los octosílabos (“Se ha dicho que Padilla fue el inventor de las ensaladas o ensaladillas”, 163) y los villancicos y glosas.

Entre los preliminares del *Romancero* se cuenta al aprobación de Juan López de Hoyos, la dedicatoria al Marqués de Mondéjar (“pues se trata”, recuerda Rey Hazas, “de un homenaje a la familia de los Mendoza, que eran los protectores de Padilla”, 64), y los sonetos de Francisco de Montalvo, Miguel de Cervantes y López Maldonado. Los romances “De algunas cosas notables de los sucesos de Flandes” no son aptos para nacionalistas holandeses, ni para cristianos no católicos, ni para republicanos en general. Padilla narra en veintidós romances sucesos que conmocionaron a la monárquica, católica y nacionalista España del siglo XVI que veía atónita esta compleja rebelión de los súbditos de Su Majestad: “En la gran villa de Gante, / cabeça de aquel condado, / después que el pueblo rebelde, / traydor y desbergonçado / vuo al Duque de Ariscohot / por su general nombrado, / hizieron luego una junta, / o concilio endemoniado” (Romance vigésimo, vv. 1-8). Es una narración muy detallada cuajada de ideología, convencida o propagandística o meramente mercantil o todo a la vez. Los romances, muy claros y muy informativos, se disfrutaban mucho, aunque no sean aptos para todos los paladares, como digo, al menos en la época, cuando el conflicto dista mucho de haber llegado a su final (la serie acaba con críticas: “y ansí dejó de seguirse / la vitoria començada, / que si se vuiera seguido, / con el hilo que llevaua, / o dexado de hazerse / de traydores confiança, / no se vieran en nuestros días / lo que en toda Flandes passa”, Romance veynte y dos, vv. 329-36). Los editores no anotan esta veintena de romances, quizá por su neta expresividad, quizá porque el comentario histórico duplicaría las páginas de este volumen (y sólo el texto del *Romancero* ocupa casi cuatrocientas cincuenta). La mayoría de los sesenta y cuatro romances no tiene una extensión excesiva, aunque hay excepciones (como los 455 versos del romance 24, o los 376 versos del romance 29 “en los que relata con habilidad una peripecia completa –no una aventura, como el caso anterior–, mucho más larga y compleja, que explica el nombre de la famosa Peña de los Enamorados de Antequera”, como indica Rey Hazas, 75-76); y no debe olvidarse la relación seriada de los dedicados a Flandes, la versión del *Abencerraje* y *la hermosa Jarifa* (nos. 41-45, con casi seiscientos versos en total), y, en cierto modo, los romances basados en el *Orlando furioso* de Ariosto (nos. 54-63). Abundan las

curiosidades (cartas contestadas con un soneto, una glosa de una carta [74], cartas en verso suelto [82]) y los elementos cortesanos o circunstanciales, además de las glosas. Las notas de los editores dan fuentes, aportan variantes (muy interesantes cuando proceden del *Autógrafo* de Padilla), o identifican los versos ajenos en las ensaladas (véase la larguísima nota dedicada al poema 120). La relación de fuentes, como siempre en los trabajos del grupo de Cleveland, es impresionante. En los índices, tan útiles, dos tienen un interés especial: el “índice de autores” y el “índice de poemas que comparte con otras fuentes principales de las obras de Padilla”. Si el segundo demuestra, entre otras cosas, que para componer un libro en el Siglo de Oro no es imprescindible que todos los poemas sean inéditos, también indica qué poemas circulan manuscritos (o han sido tomados del *Autógrafo*: hasta 23), el primero recoge piezas de otros poetas que Padilla glosa, sin indicar la procedencia o valiéndose de una indicación justa e imprecisa (“ageno el texto”: no resulta fácil identificar todas las referencias), frente a lo “Propio”. Aquí se hallan, entre otros, Jorge Manrique, Castillejo, Hurtado de Mendoza y Montemayor (Encina, Boscán y Timoneda están recogidos en la ensalada 120).

Las bondades de esta edición del *Romancero* de Padilla no se agotan en los contenidos, pues aunque se haya extendido por el mundo editorial la idea de que hay determinados colores y texturas para las cubiertas que son óptimas para los *best-sellers* y otros y otras muy distintas para los libros de estudio (o “serios” o de investigación), creo que el color rosa de la cubierta de esta edición del *Romancero* es magnífico (dentro lleva “culebrones” de entonces), así como el tacto deslizante de la misma cubierta, frente al rigor calvinista de las rugosidades grises o marrones de otras colecciones y sellos. Los tipos, el papel, la caja, todo contribuye a hacer el libro legible ya desde su forma: ¿será que los impresores y editores pretenden que los lectores y los estudiosos (¡) lean realmente los estudios de Antonio Rey Hazas y Mariano de la Campa, el preámbulo de José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco, los romances y versos de Padilla, las notas y hasta la bibliografía? Puede ser y si es así este formato ayuda y mucho: no es una mala fórmula unir buena letra, buena prosa erudita y (muchos) versos de Pedro de Padilla. Aunque eso supone exponerse al riesgo de la lectura del respetable. Todo un acierto.